Ruta Sepetys, *Entre tonos de gris*, 2012, México, Océano-Maeva, trad. de Isabel González Gallarza, 288 pp.

RECEPCIÓN: 10 de junio de 2014.

ACEPTACIÓN: 16 de octubre de 2014.

El texto que ahora reseño es una pequeña novela, ni siquiera trescientas páginas; la escritora americana Ruta Sepetys, hija de refugiados lituanos, escribe una obra publicada también en versión digital. De ella, el periódico *Los Angeles Times* afirmó: “*Entre tonos de gris* es una ficción desgarradora de una historia muy real, escrita con elegancia y corazón.” Esta primera novela está dedicada a su padre y a las víctimas del gulag estalinista.

Poco se ha escrito y dicho sobre el trato que los soviéticos dieron a los habitantes de Letonia, Estonia y Lituania, Finlandia. Los países bálticos, pertenecieron a Rusia desde el siglo XIX, pero se independizaron al concluir la Primera guerra mundial; sin embargo, en el tratado que la Unión Soviética firmó con Alemania, en 1939 antes del inicio de la Segunda guerra mundial, la primera reclama para sí a los países bálticos y, con ello, el gobierno de Stalin empieza una persecución de todos aquellos que, a su parecer, pudieran ser considerados antisoviéticos; por lo que se sabe, la deportación a Siberia fue masiva.

La novela que nos ocupa es ficción pura; sólo reconoce un personaje histórico, que es el oficial soviético que salva de la muerte a la protagonista, el doctor Samodurov. Lina es una joven de quince años a quien, cierta noche, despiertan unos golpes sobre la puerta de su casa. Su padre ha desaparecido y ella, su madre y su pequeño hermano de once años, serán acusados de traición y deportados a las zonas del norte, las más cercanas al Ártico. La madre de Lina, Elena, esconde en su abrigo algunos objetos de valor, que le servirán para comprar lo que en su momento puedan necesitar. Antes de salir de su casa destruye, plato por plato, su vajilla en señal de protesta, mostrando a los soviéticos que no les dejaba ni una pieza para su disfrute.

RESEÑAS

Comienza el viaje, en camiones de redilas a los que suben también buena parte de los vecinos del pueblo; cuando llegan a un hospital, sacan a una mujer recién parida junto con su bebé y luego prosiguen el viaje hasta llegar a un tren que los transportará hacia el norte como si fueran animales de carga: sin alimentos, amontonados, sin lugar para sentarse o para hacer sus necesidades básicas. Poco a poco se ponen al tanto; nosotros conoceremos algunos personajes a lo largo de la obra simplemente por lo que hacen, por su actividad: “el hombre que daba cuerda a su reloj”, “la señora que gruñía”, “la niña que hablaba con su muñeca muerta”.

En la novela hay muchos personajes, pero pocos nombres, quizás porque en ese hacinamiento, las personas dejan de serlo, o dejan de sentirse tales; hay un hombre, “el hombre calvo” que desde que estaba en el camión quiso suicidarse arrojándose del mismo, pero lo único que logra es romperse una pierna. Sus compañeros, todos los demás detenidos, lo ayudan y tratan de animarlo, pero a lo largo de la narración seguirá siendo el más negativo, el más imprudente; no es que se pueda ser muy *positivo* en esa situación, pero los demás, especialmente la madre de Lina, se esfuerzan en pensar de esa manera para no sucumbir.

Lina, por su parte, se hallaba a punto de ir a una escuela especializada en arte porque es una gran dibujante; es ella la narradora que constantemente regresa a sus días felices: gracias a estas descripciones intercaladas —pequeños capítulos que sintetizan la historia— sabemos algo de su familia en general y de su padre en particular. Lina pudo llevar consigo lápiz y papel para hacer sus dibujos; cuando sus compañeros de infortunio saben y miran lo que puede hacer le regalan más papel.

Mientras viajan en el tren, Lina conoce a un amigo de su hermano Jonas, un joven un poco mayor que ella, llamado Andreus. La relación con él es algunas veces buena y otras mala; ella lo juzga por diversas actitudes que después resultan tener otro sentido: Andreus descubre que su propio padre ha sido asesinado y que el padre de Lina y de Jonas está vivo, pero preso en alguna cárcel soviética. Lina, con la esperanza de que su padre esté vivo, escribe cartas y hace dibujos; piensa que, de mano en mano, logrará que lleguen hasta su padre.

Cuando por fin llegan a una aldea, tienen que vivir con personas del lugar, que no los quieren y les cobran por su estancia. Trabajan todo el día cavando fosas, cortando leña en el bosque y recolectando remolacha. El alimento es mínimo y, por supuesto, hay enfermedades que no se pueden atender; entre los piojos, tifo, escorbuto, disentería. Viajarán nuevamente, cada vez más hacia

el norte y cada vez con más frío: el tono de gris es cada vez más intenso. Los amigos mueren poco a poco, de hambre y de frío; esto mejorará sólo cuando el doctor Samodurov aparezca en la aldea y ordene alimento, cobijas y un mejor trato para los detenidos.

La novela es una narración que va planteando, efectivamente, una vida en tonos de gris, cada vez más sombría, cada vez con menos esperanza. El “hombre calvo” sabe de los tratados entre los soviéticos y los alemanes; por ello, conoce que las cosas no mejorarán en caso de que los alemanes tomen el mando. Sabe también que los países occidentales no se cuidan de ellos, que consideran legítima la anexión soviética y que, por lo tanto, no intervendrán, sin importar que estén enterados del maltrato.

Decir así la historia, como un recuento de daños, no es suficiente: hay que adentrarse en la lectura, en la vida de la protagonista, en el despertar de un amor que durará para siempre; en la pérdida de los padres, en el dolor frente al hermano enfermo, en el odio hacia sus captores y en la fuerza para sobrevivir; es, finalmente, una historia de supervivencia.

En un mundo como el nuestro, que ha puesto a prueba al hombre, que ha mostrado de qué somos capaces, tanto por acciones como por omisiones, estas historias deben seguir contándose, es importante leerlas y aprender de ellas. La lectura del texto es amena, está bien escrita y relatada con honestidad. Según leemos, parecería que la novela sólo iría a terminar con todos muertos. Evidentemente, no es el final, pero el regreso tampoco es una fiesta; quienes regresan, al cabo de doce o quince años de cautiverio, lo hacen para encontrar que no poseen absolutamente nada.

CECILIA GALAVIZ ÁLVAREZ
Departamento Académico de Estudios Generales,
Instituto Tecnológico Autónomo de México